

LIBRO NOVENO
EL CUARTO DEL DOLOR

I

EL MONJE

En aquella mañana se festejaba la victoria alcanzada el día anterior por las tropas austrasianas en la Puerta de Hierro, todo Viena estaba de fiesta y los fieles y leales súbditos de Su Majestad Francisco demostraban su entusiasmo con miles de aclamaciones que ascendían en tropel hasta la Hofburg. La Austrasia parecía libre por largo tiempo de sus enemigos internos y los burgueses del Graben no sabían cómo manifestar la alegría que experimentaban al pensar en una próxima vida tranquila, generadora de buenos negocios.

No se conocían aún los detalles del triunfo y la muchedumbre esperó á que apareciera el emperador en el balcón de palacio.

Ni el entusiasmo de sus súbditos, ni la noticia de la victoria habían logrado sacarlo del anonadamiento en que se hallaba.

Y sucedió que un monje, vestido con el sayal de los franciscanos, intentó penetrar á la Hofburg.

— Atrás! gritáronle. ¿Qué queréis?
 — Ver al emperador.
 — Si no traéis una carta de audiencia, es inútil, porque no se puede ver al emperador.

— Anunciad al archiduque Pablo!...
 ... Cinco minutos después abrazaba Giselda á su hijo y le decía:

— Quizás vienes á salvarlo. No responde á nadie. Pueda ser que tu voz lo arranque á esa horrible pesadilla!

— Todos nos hallamos bajo la protección del Señor, madre mía, respondió el monje. Conducidme á la presencia de Su Majestad!

Penetraron al despacho del emperador, pero Francisco nada advirtió. Pablo saludó con dulzura; el emperador se estremeció al escuchar aquella voz que no había oído desde hacía tanto tiempo. Lo contempló largo rato y derramó abundantes lágrimas, pero enseguida volvió á su mutismo.

Entonces el monje se inclinó sobre su padre y le murmuró algunas palabras al oído.

Francisco se puso en pie como si tornase á vivir:

— Habla!... Habla, hijo mío!

Pablo se dirigió á la emperatriz:

— Señora, díjole, lo que voy á comunicar al emperador no puede ser escuchado sino por él y por Dios!

— Me voy, hijo mío, y permita Dios que alivie los sufrimientos de tu padre... Sólo un nombre podía reanimarlo y tú acabas de pronunciar ese nombre... Que Dios te bendiga!

El monje inclinó la cabeza.

— Alabado sea el Señor! exclamó Giselda... El emperador recobra la vida!...

— Sí, respondió el monje.

— ¿Y el niño?

— El niño vive también!

— Alabado sea el Señor, repitió Giselda.

Y los dejó á solas.

El emperador, tembloroso, interrogó:

— ¿Vivos?... ¿Los dos están vivos?... ¿Quién te lo dijo?

— Bautista!

— ¿Lo conoces acaso?

— Lo conozco... lo conocí antes que vos, padre mío... como conocí antes que vos á la madre de Eduardito... Y ahora que mi corazón está calmado puedo deciros lo que en otros tiempos os oculté; sabréis porqué abracé el estado eclesiástico y porqué, á pesar de vuestras súplicas, no os descubrí el secreto de mi corazón. Yo amaba á esa joven que había encontrado en Venecia; la amaba locamente pero ella nunca me amó; le ofrecí casarme con ella pero no aceptó. Inquirí las razones de su negativa y pronto supe que no había querido ser mi esposa por convertirse en vuestra querida. Entonces entré al convento!

— Pablo!

— No me tengáis compasión, padre mío, que hoy ignora mi corazón todos los sufrimientos del mundo!... Bautista violó la paz del claustro esta mañana para hablarme de ella...

— ¿Pero tú le conoces?

— Le ví esta mañana y me relató todo cuanto había sucedido... Al conocer sus crímenes quise alejarme de ese hombre maldito... Pero me es preciso servirle de emisario á Jacobo Ork para impedir que cometa otro crimen. He aquí la orden suprema que me ordenó os transmitiera: « Dirás al emperador que su hijo y la madre de Eduardito están aún vivos, pero que mori-

rán esta noche, á las dos y cuarto, *si el emperador no viene á buscarlos en el cuarto del dolor!* »

— ¿Ir á buscarlos en el cuarto del dolor?... Jamás! desdichado!... ¿Tú no sabes acaso lo que hay en el cuarto del dolor?

— ¿Que hay allí? interrogó el monje alarmado con el aspecto de locura que presentaba su padre.

— ¿Lo que hay allí?... Nunca lo sabrás... Y yo no volveré á verlo!...

— Pero es allí donde os esperan Eduardito y su madre!... Si no vais á buscarlos, perecerán!...

— No, no, gimió el emperador, no habrán de morir! Y tartamudeaba con vergüenza ante su hijo:

— Los quiero tanto!... Los quiero tanto!...

Y en verdad, á pesar de toda la vergonzosa historia de Bárbara, él la amaba con pasión, con delirio!

Ah! volverlos á ver!... abrazarlos .. Estrecharlos contra su corazón!...

Pero era preciso irlos á buscar al cuarto del dolor!... Y exclamaba agonizante:

— No puedo!... No puedo!...

— Entonces perecerán, objetó el monje!

— Pues bien, iré!... Pero no quiero volver á ver la terrible visión... ah... Dios mío!

Y volvió á sollozar.

— Mas, ¿cómo no he de ir si me esperan?... Pero seguramente moriré!...

El monje alentó á su augusto padre:

— Es preciso que vayáis, padre mío.

— Sí, iré, pero he de ir solo... Júrame que no harás de seguirme, Pablo!

— Obraré según tu voluntad!

— Y prométeme también que no lo dirás á nadie... Porque nadie debe acompañarme al cuarto del Dolor!...

El monje prometió también lo que se le pedía. Y el emperador, ya resuelto, sintióse fuerte. Echóse el manteo sobre los hombros y murmuró:

— Solo, completamente solo y cerraré los ojos!...

Volvióse por última vez hacia Pablo:

— Adiós, Pablo, díjole, es probable que vaya á reposarme junto á tí en el seno del Señor, pero por hoy preciso es salvarlos... Adiós!

— Padre mío, quizás sería preferible que os acompañara un fiel servidor...

— No tengo ninguno.. Adiós y silencio. Permanece en este despacho durante una hora para que crean que estás conmigo... y después, cuando llegue la emperatriz, no le digas nada.

El emperador se marchó y pocos momentos después apareció Giselda.

— Pablo, ¿dónde está el emperador?

— Se marchó, señora...

— Es preciso que me lo digas todo, hijo mío... ¿Se fué á buscarla?

— Se fué á buscar á su hijo, señora... y también á la madre de su hijo para salvarlos!...

— ¿De las garras de Jacobo Ork?

— ¡De las garras de Jacobo Ork!

— Desdichado! No conoces á Jacobo Ork! No conoces á Bautista!... Ignoras el odio infernal de ese hombre que no perdona y jamás abandona sus víctimas!

— Si Su Majestad no hubiese ido á buscarlos esta misma noche, que aun están vivos, mañana los habría encontrado muertos!...

— ¿Y crees que no habrán de morir de todas maneras? Desdichado, morirán y el emperador morirá con ellos!... Y para colmo de horrores Jacobo Ork te

ha escogido á tí, hijo de Francisco, para que lo envíes á la muerte! Ignoras acaso que el odio que le profesa Jacobo á cada uno de los miembros de la familia imperial no es nada en comparación del odio que le tiene al emperador?... Está perdido!...

El monje se puso en pie y contempló á su madre con ansiedad indecible.

— ¿Cómo puede ser eso, madre mía?... En ese caso corro tras del emperador y le acompañaré á pesar de mi juramento... y habré de salvarlo aunque él mismo se oponga.

— ¿Á dónde le dijiste que fuera?

— ¡Al cuarto del dolor!

— Eso es tal como si lo hubieses enviado á la tumba! Vamos!... Ven conmigo!

— Un poco de prudencia, madre mía... Dejádme ir á mí solo... Porque si el odio de Jacobo Ork es terrible, no debemos suministrarle una víctima más!...

— No, yo tengo la seguridad de que á mí no me odia Jacobo Ork... Además. ¿qué importaría?... No me amedrenta mi destino; siempre ando en su busca, porque bien sé que cuando llegue no podré esquivarlo. *Todos los hombres deben salir al encuentro de su destino en un momento dado, porque el destino, aunque ha tenido los ojos cerrados durante largo tiempo, los abre de pronto y os distingue con certeza* (1) y cuando uno pertenece á la familia de los Atridas, debe estar preparado para todo!...

En los precisos momentos en que la emperatriz Giselda pronunciaba esas fatídicas palabras, un hombre

(1) Palabras de la emperatriz Elisabeth, pronunciadas momentos antes de la puñalada que le asestó Luccheni, anotadas por el Señor Cristhomanos y repetidas por el Señor M. Barrés en su libro *Una emperatriz del silencio*.

penetraba á la aldea de Federico II, en el Valle del Infierno. Desde hacía tres noches ese sujeto recorría los senderos de la Selva Negra; su aspecto mísero y salvaje inspiraba desconfianza á los criados.

El patrón Federico lo contempló con más piedad que terror.

— ¿Qué queréis? preguntóle.

— ¿No lo adivináis? respondió el sujeto de nuevo con hambre...

— ¿Quién sois?

— ¿No me reconocéis?

— Jamás os vi.

— Y sin embargo antiguamente me hospedaba siempre en vuestra posada...

— Pasan tantos viajeros por mi posada!

— Soy el Señor Hansen, de Moeder.

Federico hizo un gesto de asombro.

— El Señor Hansen! Bien que lo reconozco ahora!...

Mas, ¿cómo os halláis en ese estado, vos el rico, el buen Señor Hansen... la providencia de la región de Moeder?... ¿Qué os ha sucedido, gran Dios?...

— Sucedióme que le dí albergue en una cabaña de la aldea á una pobre loca... que erraba por la Selva y por ello me redujeron á prisión, patrón Federico!...

— Si oí hablar de esa historia, respondió enseguida el posadero con aspecto de conmiseración..

— Sucedióme que me sometieron á toda clase de privaciones para que hablara ó muriese... porque, como bien comprendéis, la loca había hablado en mi presencia...

— Sí... sí... la dama de la media noche... oí hablar de esa historia...

— En nuestra aldeallamábanla la vieja Tragavientos... pero me parece superfluo deciros su verdadero nombre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEX.

á vos, patrón Federico, que cazabais tan amenudo con Jacobo Ork.

— Callad !... Silencio !... ¿Qué estáis diciendo ? observóle Federico mientras miraba á todas partes para cerciorarse de que estaban solos. ¿Y cómo pudisteis escapar, Señor Hansen ?...

— Porque un carcelero se apiadó de mí y me dió esta lima con que pude romper uno de los barrotes de mi celda. Hace cuatro días me fugué y creo que en las cuatro noches que llevo recorriendo la Selva he logrado despistar á los gendarmes que me pusieron á la pata...

— Voy á ocultaros y á daros de comer, Señor Hansen.

— No me ocultéis, que vos sois un hombre bueno y si los gendarmes me descubren, podríais pasar un mal rato. Dejadme penetrar á una de vuestras caballerizas, donde comeré y dormiré... Si alguien os pide explicaciones diréis que soy un mendigo que os pidió permiso para descansar sobre la paja...

Así se hizo ; el sujeto entró á la caballeriza y el patrón Federico le hizo dar de comer ; era la primera vez que dormía desde que se fugó. Durmió durante todo el día y cuando lo despertaron, á eso de la una de la mañana, mostróse malhumorado. Se hallaba tan calentico y tan tranquilo sobre su lecho de heno que era una crueldad venir á despojarlo de él... Púsose á rezongar. Los mozos le respondieron : « Déjanos en paz que se trata del emperador... »

— ¿ Del emperador ?...

— Sin duda... necesita caballos frescos enseguida, pues va á torre Jaula de Hierro de Neustadt.

— Aunque fuera el papa en persona lo enviaría á la punta de un cuerno !... replicó el sujeto, volteándose sobre el poco de heno que le dejaron ; pronto se volvió á dormir.

Mas unos minutos después lo despertaron de nuevo para quitarle el poco de heno que le quedaba... Levantóse, ebrio de furor y de sueño... Estuvo á punto de caer pero logró agarrarse contra la pared. Habló como se habla en sueños y quizás pensaba si era real ó fantástico el suplicio que le infligían arrancándolo al sueño de plomo que pesaba sobre su pensamiento y sobre su cuerpo cuando oyó decir que el nuevo viajero era la propia emperatriz.

Sintióse sofocado, salió de la caballeriza dando tumbos, con los puños crispados que no habían soltado la lima... tenía los ojos entreabiertos y no sabía á ciencia cierta si la escasa visión de las cosas que tenía era interior ó exterior... mas se oyó claramente que decía en voz alta : « Maldita familia, siempre me ha de perseguir !... »

Llegó á la puerta ; iluminaba el patio un rayo de luna y en la mitad estaban una dama y un monje... la dama se erguía recta, con el busto hacia adelante, la cabeza en alto, aspirando la fresca atmósfera de la noche, como si le faltase aire en los pulmones... El sujeto la reconoció... Era la emperatriz, la emperatriz que le impedía dormir y avanzó hacia ella... La dama y el monje no retrocedieron, creyendo que era alguno de los mozos que enganchaban la diligencia... Pero el sujeto no era un mozo y empuñaba una lima formidable que la clavó entera en el pecho de la emperatriz...

EL BALANCE DE LA MUERTE

El emperador, tembloroso como un niño que se ha extraviado en la oscuridad, camina hacia el « cuarto del dolor ». Solo va por los corredores del palacio abandonado. Camina á tientas, agarrándose contra las paredes. Por fin llega á la escalera fatal y desde que empieza á subir los primeros escalones, oye claramente los lamentos del dolor : es la voz del « cuarto del dolor » que escucha por vez primera desde hace tantos años ; es el mismo Dolor quien ha empujado la puerta del cuarto en que está encerrado ;... y llama á Francisco....

Y el amo de Austrasia se detiene un momento para agarrarse de la baranda de piedra... Se detiene para reunir sus últimas fuerzas que desfallecen... porque es preciso subir los escalones al escuchar la triste llamada, cada vez más cercana. ¿ Quién puede llorar así, quién puede gemir así?... Porque es el gemido terrible del miedo el que se escucha... y ¿ cuántas voces exhalan ese gemido ?

Ah! el miedo!... En ese lugar todo tiembla de miedo! Ahí está la puerta abierta de par en par!... Le están aguardando... El emperador cierra los ojos y marcha hacia adelante...

Es preciso pasar con los ojos cerrados por delante del terrible espectáculo que viera el día de las bodas!... El terrible espectáculo de Margarita Müller y sus dos hijos, cubiertos de heridas!...

— Bienvenida sea Vuestra Majestad á nuestra humilde vivienda!

¿ Quién pronunció esa frase? ¿ Quién?

El emperador, tembloroso, va á caer por tierra, pero una mano lo sostiene con fuerza y con respeto. No hay duda, es Jacobo!... Jacobo Ork!... el archiduque Jacobo!...

Para recibirlo, el archiduque Jacobo se ha puesto su más bello uniforme y todas sus decoraciones... el archiduque Jacobo le sonríe dándole las gracias por haberse dignado asistir á esa pequeña fiesta de familia... el archiduque Jacobo le sonríe con su sonrisa de vivo, mientras que Margarita Müller le sonríe con su sonrisa de embalsamada...

Francisco siente que va á perder la razón... se deja conducir por Jacobo, quien le da el brazo y lo lleva con dulzura hasta la puerta del salón. Al entrar, el emperador siente sobre su cabeza algo así como plantas que colgaran del techo.

¿ A qué se debe esa sensación fría y viscosa?

El emperador trata de ver entre la oscuridad, pero de pronto todo le ilumina... Francisco recibe el golpe en el cerebro, abre los brazos, y habría caído por tierra si no lo hubieran sostenido los brazos de su huésped... porque acaba de ver que lo que cuelga del techo es carne humana!

Es la cabeza del archiduque Adolfo!

Y enseguida pudo ver Francisco muchas figuras conocidas y queridas: Eger, la princesa de Praga, la condesa de Bregentz, el pequeño Palatino, el príncipe de Izegedin, la princesa María Luisa y encadenados en sus respetivos asientos, Leopoldo Fernando y el Príncipe Rojo!...

Estos dos últimos no están embalsamados como los demás sino vivos y muy vivos.

Francisco, ayudado por su huésped, sentóse en un sillón y púsose á mirar fijamente la puerta del cuarto de Margarita á donde le habían prometido que encontraría á Titina y á Eduardito.

La puerta se abrió de pronto y Francisco vió á Clementina y vió á Eduardito. Lanzó un gemido y extendió los brazos hacia ellos... Quiso levantarse, pero advirtió que estaba atado á la silla como Leopoldo Fernando y como el Príncipe Rojo!...

¿A qué tal precaución?

Los vivos y los muertos pudieron ver en la alcoba á una mujer que dormía apaciblemente en un gran lecho y á un niño que respiraba en su cuna sonriendo á su madre... ¡Cuán bellos y cuán tranquilos estaban los dos y cuán profundo el sueño que les había cerrado las pupilas!...

No los hizo estremecer los gritos de Francisco... ni se despertaron para responder á su llamamiento...

Pero le respondió la voz del huésped que permanecía invisible:

— Así reposaban Margarita y los hijitos de Jacobo Ork la noche en que Jacobo acechaba en el parque la llegada del amante.

Y el amante llegó y acostóse en el lecho de Margarita y Margarita lo estrechó entre sus brazos...

En aquel momento levantóse la sábana que cubría el cuerpo de Clementina, llamada Bárbara en Venecia y se vió que tenía una piel tan blanca como los brazos de las archiduquesas y que estrechaba contra su corazón á un amante tan rojo como la mayor parte de los espectadores que presenciaban aquel espectáculo de locura y de muerte. Cuántas heridas en aquel cuerpo!...

— Señoras y caballeros, dijo la voz del huésped invisible, ese personaje que se halla en los brazos de Clementina Bleichreider, llamada Bárbara en Venecia, es Victor Paumgartner tal como salió de entre los brazos de Margarita Ork.

Pero la pobre Margarita Ork, lo mismo que Clementina Bleichreider, ignoraba que tuviera un amante entre sus brazos.

Debido á los buenos cuidados que le prodigaron los amigos del emperador Francisco, bebió un narcótico tan fuerte que sólo un acontecimiento mucho más rudo que la caricia de un amante podía despertarla de su sueño...

Un acontecimiento tal como este: Jacobo Ork vió que el amante entraba á la alcoba por el balcón. Saltó también sobre el balcón... Tenía entre sus manos un hermoso cuchillo de cacería, de cazar lobos... Señoras y caballeros, mirad hacia el balcón!...

Calló la voz y las demás voces callaron también, pues los únicos tres seres vivos de aquella asamblea de muertos sólo viven con los ojos... y sus ojos, convertidos en vidrios por el horror, toman el aspecto inmóvil de los ojos de los espectadores muertos y sus bocas adquieren esa horrible sonrisa de los muertos que Giska, la campesina de la Selva Negra, supo embalsamar con sus hierbas satánicas.

Jacobo Ork apareció en el balcón... con el cuchillo

de cacería en la mano. La luna vierte sus dulces rayos sobre él.

É inspira horror su figura donde fulgura la venganza pronta á satisfacerse...

.....
El niño y la madre continúan durmiendo apaciblemente... Ya va á descargar el golpe cuando un grito detiene su gesto asesino!

— Jacobo!...

¿Quién habló?... ¿De quién es esa voz de ultratumba?...

— Giselda, la emperatriz Giselda!...

Con efecto, en un ataúd está la emperatriz. Jacobo se postra de rodillas ante ella y oye que le dice:

— Por la primera y última vez, perdona, Jacobo Ork!... ¿Acaso la que va á morir no ha sufrido tanto como tú y sin embargo no ha hecho sino perdonar?...

Con voz apagada respondió Jacobo:

— Vivirán!...

Entonces la emperatriz se arranca el arma que había guardado en el pecho para prolongarse la vida y expira diciendo:

— Si querías sangre esta noche, Jacobo Ork, aquí tienes!...

.....
Jacobo dijo al monje:

— Juro sobre el cadáver de esta muerta que se cumplirá su último deseo. Vivirá el emperador y también vivirán los que él ama! Id á esperarlo en Constanza para que le deis poco á poco la noticia de que la más noble de las soberanas y la más sublime de las mujeres ha dejado de existir!

.....
Pocos momentos después el emperador salía en

coche de la Torre Jaula de Hierro de Neustadt, llevando consigo los cuerpos aun dormidos de Clementina y de su hijo y se sentía renacer al contacto de aquellos seres tan amados...

.....
En esos mismos momentos esperaba Enrique Müller á que pasara el emperador, pues Jacobo le había prometido esa víctima!

Y con efecto momentos después distinguió éste la capota militar de Francisco. Disparó y corrió sobre el cadáver, pero al verle la cara exclamó:

— No es el emperador!...

— No, no es el emperador, gimió la voz del agonizante... Es Jacobo Ork. Perdonadme, Enrique Müller, porque á pesar de todo cumplí mi palabra. Yo os dije: *Ó el emperador ó yo*. Acercáos y recoged mi último suspiro y mi último deseo... Quiero que me coloquéis en el cuarto del Dolor y que después le peguéis fuego á la torre!... Adiós Margarita... Alberto... Giselda... Orad por mí!...

.....
A eso de las cuatro de la mañana se declaró un incendio tan formidable en la torre Jaula de Hierro de Neustadt., que no fué posible extinguirlo...

EPILOGO

En Corfú existe el palacio más hermoso del mundo; perteneció á la emperatriz Giselda y ésta lo dejó en herencia á Tania de Carintia, princesa Ethel, pero en él vive Stella...

Porque Stella no ha muerto debido á que Reginaldo no sucumbió de su herida.

Y los dos amantes viven felices en compañía de la doliente y siempre triste, pero ya tranquila reposada María Silvia, que por fin reconoció á sus hijos y que pasa casi todo el tiempo en compañía de Myrrha, á quien le ha cobrado gran cariño!

De vez en cuando vienen Ethel y Tania de *incógnito* en su *yacht* á hacerles una visita.

El emperador sale todas las noches á eso de las diez la Hofburg y va á casa de la « burguesa » á tomar el té.

El joven Eduardo hace grandes progresos en el arte de la equitación y se propone seguir la carrera de las armas.

Gracias al cariño de Stella, Juanillo y Magno, casados respectivamente con Berta y con la Señorita Lefé-

bure viven también en el palacio de Corfú. Giska, la bohemía de la Selva Negra, actúa de portera...

... Y todo el mundo es dichoso en Corfú, donde el cielo y el mar son siempre azules y donde jamás llueve, lo cual tiene la ventaja, según Juanillo, *de que no es preciso pensar en los paragueros ambulantes!*

FIN

ÍNDICE

LIBRO CUARTO

La colchonerita.

I. Al través de los vidrios.	1
II. Reginaldo y Myrrha.	14
III. Los bohemios.	34
IV. La iglesia de los Agustinos	53
V. La misa de los muertos.	59
VI. Miss Arbury	68

LIBRO QUINTO

La prometida del Príncipe Rojo.

I. La prisión de la calle de la Estrella.	91
II. El picadero	106
III. Continuación de las aventuras de Reginaldo y « la colchonerita »	119
IV. Sirviendo en la corte	135
V. En el palacio del emperador se habla perfectamente la lengua gitana durante la noche.	147

LIBRO SEXTO

Un rinconcito tranquilo.

I. « La burguesa » y « el tío Baustista »	139
II. El « coronel »	168
III. El dedo meñique de la mano izquierda	178

IV. « ¿Por qué usáis la barba larga, amor mío? »	186
V. « Oí ruido en el balcón »	193
VI. La sobrina del tío Bautista	206
VII. Cómo se volvió ciega Myrrha	217
VIII. El convento de los serafines	235
IX. La emperatriz Giselda	239
X. El relojero	248
XI. La querida del emperador	251
XII. El convento de los serafines	258
XIII. El cuarto de los relojes.	272

LIBRO SÉPTIMO

La torre jaula de hierro de Neustad.

I. Un sarao familiar.	295
II. ¿Qué objetivo se proponían los ancianos de la Selva negra?	315
III. Una noche de bodas.	317
IV. Continuación de una noche de bodas	330
V. Final de una noche de bodas	334

LIBRO OCTAVO

La batalla de la Puerta de hierro.

I. Aun no.	344
II. El campamento de los gitanos	358
III. Matanza	364
IV. La roca	374

LIBRO NOVENO

El Cuarto del dolor.

I. El monje.	375
II. El balance de la muerte.	384
Epílogo.	391





